

LA PRENSA de Santiago

Lunes 13 de Noviembre de 1972

Contra la Violencia

La opinión pública recibirá con aplauso el llamado del Ministro del Interior a deponer las actitudes de violencia.

Tal es, en efecto, una de las aspiraciones más hondas de los chilenos en estos momentos. Creemos que la gran mayoría de los ciudadanos no son partidarios de que las cosas se resuelvan por métodos violentistas. Justamente, la aceptación casi unánime en orden a que un militar como el general Carlos Prats, hombre de armas, pero, al mismo tiempo, demócrata cabal, haya tomado a su cargo el Ministerio del Interior, expresa el sentimiento mayoritario de la ciudadanía.

Sin embargo, y por nuestra parte, nos permitimos decir que no hay necesidad de ser muy perspicaces para entender que, hoy, por hoy, no basta con llamados para deponer la violencia. Es preciso una acción decidida y enérgica que vaya, a través de la ley y las instituciones democráticas, hasta la raíz del asunto.

Los que mantienen el espíritu y los métodos de violencia pueden ser determinados con facilidad. Resulta demasiado sencillo, como hemos tratado de mostrarlo en otra ocasión, establecer un paralelo simplista de culpas y responsabilidades más o menos iguales. No basta, en efecto, con decir que hay violencias en los dos bandos (Gobierno y oposición), o que el ataque de los comunistas en la Universidad Técnica del Estado se puede equiparar con el atentado contra el senador Altamirano.

Observamos, en efecto, que el grueso de las fuerzas de Gobierno, sus políticos, sus periodistas y toda su maquinaria propagandística, son capaces de organizar el ataque físico contra representantes de un partido político por la simple razón de no convenirles la presencia de éstos en el lugar. Observamos, también, que, después del

paro, la prensa de Gobierno y muchos dirigentes políticos han seguido impávidamente su campaña de insultar y agredir a los dirigentes de los gremios, con graves acusaciones sin fundamento o que no se molestan en probar.

En cambio, no se ha visto lo opuesto. El propio general Prats recibió, como decíamos, una notable adhesión de los sectores opositores. Hoy mismo, los dirigentes gremiales siguen insistiendo en que depositan su confianza



en él y esperan con calma el cumplimiento de sus promesas. Salvo argumentos políticos, no se puede ver en los sectores de oposición campaña alguna en contra de los gobernantes ni de los jefes de partidos oficialistas. Incluso las acusaciones constitucionales contra ex Ministros de Estado han sido retiradas para no contribuir a la intranquilidad.

De los hechos anteriores desprendemos que un atentado, que puede

ser real o fingido, contra el senador Altamirano, cometido, en el peor de los casos, por grupos extremistas análogos al MIR en cuanto a sus métodos, es absolutamente incomparable con la extensa gama de acciones violentistas y odiosas de los sectores de Gobierno.

Tal es el problema verdadero. Estimamos necesario decirlo. Para comenzar la pacificación de los chilenos, el Gobierno tiene en su mano (exactamente como en el caso del reciente paro gremial) la solución. Bastaría con que, en vez de orquestar campañas de odios y agresiones el sector que dirige su propaganda, inicie campañas de pacificación. Si toma la iniciativa, terminarán automáticamente todos los imitadores que tenga en la extrema derecha, por cuanto el grueso de la opinión pública los dejaría sin representatividad.

Por esta razón es que esperamos fundadamente que el Ministro del Interior lleve su labor pedagógica más allá de un simple llamado a la concordia o un ruego en el vacío. Hay momentos en que los hombres están capacitados para pulsar el sentido de los acontecimientos. No hay duda que, en este momento, los chilenos esperan del Ministro del Interior una pacificación verdadera. Tiene la posibilidad real de hacerlo y el respaldo resuelto de la ciudadanía.

La pacificación debe comenzar allí donde está su fuente: en el seno mismo de los organismos que dependen del Gobierno y que han estado, durante más de dos años, proyectados hacia la infamia, la calumnia y la falsedad promotora de la violencia. Mientras no haya una brizna de respuesta en ese campo, estimamos que ningún llamado a deponer la violencia será otra cosa que verbalismo inconsecuente.